

La identidad sexual

¿Quién soy?, ¿

La identidad es autoconocimiento. ¿Quién soy? es una pregunta siempre inacabada, cuya respuesta se enriquece con lo que vivimos y deseamos. En este texto, la autora explora algunas propuestas psicoanalíticas sobre cómo se construye la identidad sexual: la forma en que nos definimos a partir de lo que nos provoca placer sexual.

Por **Rosa Ma. González J.***

Una buena forma de hacer consciente la identidad es preguntarse ¿quién soy yo? En última instancia, la identidad subjetiva es la construcción de una historia que me cuentan o me cuento a mí misma (por lo mismo ilusoria).

La identidad de género dista de ser algo permanente y acabado, como lo postula la psicología. Las representaciones identificatorias “emergen” ante la presencia de lo ajeno. En México no me vivo como mexicana; viajando al extranjero, entre menos referentes culturales propios encuentre (lengua, costumbres, etc.) más presente puede estar lo que considero mi identidad nacional.

La pregunta por la identidad sexual —estar consciente de que poseo un cuerpo con ciertas características físicas— se juega dentro de las certezas. El transexual tiene la certeza de que posee un cuerpo de hombre que no le satisface, por eso decide cambiarlo. La pregunta por la identidad de género —saber qué significa ser mujer/hombre— es una interrogante que dirijo a los demás, en especial en circunstancias en que siento amenazada la ilusión de mismidad, o bien cuando me confronto con lo diferente.

Algunos ejemplos de cómo se puede vivir como una amenaza la ilusión de mismidad es

cuando se presentan cambios importantes en el cuerpo (pubertad, embarazo, vejez), en la que se buscan referentes externos desde dónde resignificarse.

Pero, ¿qué sentido puede tener hablar de una identidad hetero u homosexual? Las prácticas sexuales, cualquiera que sean éstas, no estructuran psíquicamente en la medida que no alteran el pensamiento/sentimiento de mismidad y otredad (no me confundo con los otros o las otras), ni la certeza de que mi cuerpo (sexuado) me pertenece. Las prácticas sexuales condicionan lo que pienso y hago eróticamente, como me perciben los demás, pero no son un factor de estructuración psíquica.

Pero la hegemonía de las prácticas heteroeróticas, evidentemente el pensarme como homo o heterosexual, o modificar mis prácticas eróticas de hetero a homoeróticas, o viceversa, tiene consecuencias importantes tanto acerca del concepto que tengo de mí misma, como en mi vida cotidiana.

Las prácticas homoeróticas son uno de los caminos posibles del erotismo, tan válidas y valiosas como las heteroeróticas. Quién me gusta y con qué disfruto sexualmente, suponiendo sin conceder una esencia humana, no me hacen pertenecer a otra especie.

La identidad colectiva: ¿Quiénes somos?

Señalaba que la construcción que hago de

mi identidad proviene también de la práctica social. Los discursos que me permiten reconocermé como homosexual o heterosexual provienen de muchas fuentes. En el caso del homoerotismo, Michel Foucault plantea que a finales del siglo XVIII había actos homosexuales. La idea de identidad homosexual, como esencia humana determinada a partir de prácticas homoeróticas, aparece en el pensamiento moderno cuando los estados penalizaron la homosexualidad y los médicos la patologizaron.¹ Algo identificado con una práctica, se empieza a personalizar.

En los siglos XIX y XX los discursos en torno a las prácticas homoeróticas se refieren a una forma de ser de las personas, y no a una forma de amar, que provienen principalmente de las instituciones encargadas de “curarlas” o castigarlas. Para responder qué es un homosexual se tejieron infinidad de discursos, con pretensiones de cientificidad o moralidad, que la población fue haciendo suyos.

Sólo algunas voces disidentes intentaron presentar una visión diferente del homoerotismo; interpretaciones no siempre afortunadas, ya que los paradigmas desde los que lo intentaron hicieron predominar las concepciones esencialistas (lo homoerótico como algo inherente al ser y no al hacer).²

Muchas de las personas que se reconocían deseos o prácticas homoeróticas lo vivieron con temor y/o culpa, ya que los discursos en su entorno ofrecían una concepción patologizada del homoerotismo. Será hasta los años setenta cuando un grupo de hombres y mujeres que se reconocen con prácticas homoeróticas decide organizarse políticamente y reinventa un discurso que dé cuenta de sí mismo.

La conformación de estos colectivos surge

como respuesta contracultural al intento de homogenizar un discurso occidental normativo que los excluye. Es una forma de afirmar (y hacer visibles) diferencias en cuanto a comportamientos, deseos y prácticas consideradas deficitarias o anormales, en donde el modelo a seguir se define a partir del hombre joven, heterosexual, blanco, que habita en la ciudad.

Estos colectivos van construyendo un nuevo discurso de sí mismos que se contraponen a los discursos moralistas que las instituciones sociales (científicas, religiosas, políticas) habían determinado para identificarlos hasta entonces, y que la mayoría de la población había hecho suyos.

En el proceso de construcción de una identidad colectiva (nosotros/as somos), necesaria para afirmarse como diferentes (lo que nos hace particulares), en el caso de las prácticas homoeróticas, los otros son los heterosexuales. El plantear las prácticas homoeróticas en términos de identidad homosexual (como opuesta y excluyente de la heterosexual) está presente el riesgo de la generalización (todos somos así). Y cualquier intento de generalizar resulta reduccionista; decir que feministas, gays o indígenas somos de tal o cual forma, refuerza los estereotipos y limita la diversidad.

Por ejemplo, en los grupos gays la identificación se da a partir de reconocer que se comparte un deseo homoerótico; en lo demás, la diversidad de formas de vivirlo y actuarlo es patente. En este sentido, el proceso de identificación colectiva, necesaria para afirmarse y reconocerse, conlleva la limitante de caer en estereotipos, fuente directa de prejuicios y chauvinismos, no sólo de quienes viven al margen de la colectividad, sino también de aquellas personas que la integran.

El problema no se resuelve con hablar en

No se vale cargar miedos

Por **Lina Pérez Cerqueda**

La primera vez que estuve con una chava, no me cuidé. Después vino la ansiedad y el temor, la culpa de por qué no lo hice. A partir de asistir al grupo Cuenta Conmigo, aprendí que nada vale para cargar con los sentimientos de miedo...

La investigadora Marcela Lagarde nos dice que en culturas como la nuestra, cuya regla dominante es la heterosexualidad exclusiva y excluyente de otras formas de sexualidad, no se admite la coexistencia de la homosexualidad.

“La relación amorosa y erótica entre mujeres, culturalmente es toma-

da como una trasgresión, un rechazo al erotismo con los hombres, pues el heteroerotismo de las mujeres es un espacio de adoración a los hombres y de dependencia vital y sujeción de las mujeres” (*Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, 2001).

Hombres y mujeres hemos aprendido que las mujeres se deben al cuidado de los otros y esto se refleja en la atención a su salud física y emocional.

Entre las chavas lesbianas se ve con incredulidad que la penetración de los dedos o el sexo oral pueda representar riesgo de infecciones. Pero más que de la práctica,

el mayor o el menor riesgo depende del auto cuidado de cada persona.

El bajo riesgo de transmisión del VIH/sida por relaciones sexuales desprotegidas entre mujeres ha favorecido que no se preste atención a otras infecciones de transmisión sexual y a las maneras de prevenirlas.

El virus del papiloma humano (VPH) se transmite también en mujeres que tienen sexo con otras mujeres. Una investigación de la Universidad de Washington, publicada por el *American Journal of Public Health*, encontró que el virus es detectable en lesbianas, incluidas aquellas que no tienen una historia previa de relaciones sexuales con hombres. De acuer-

do con otras investigaciones, el sexo oral, la masturbación mutua, compartir objetos como juguetes sexuales son las prácticas más comunes entre las mujeres. Todas ellas pueden ser fuentes de transmisión del VPH.

El grupo me ha ayudado mucho, pues he obtenido información de todas las alternativas que tenemos las lesbianas, los dedos, el condón, uso de lubricantes, pero sobre todo he trabajado mis procesos emocionales, la forma de manejar mi orientación, la aceptación y el conflicto con mis padres.

Si yo no me acepté como chava lesbiana no voy a saber el modo adecuado de cuidarme, pues estoy negándome a mi misma, lo que soy. El grupo

me ha ayudado a estar más con mi cuerpo, conmigo misma. (Gabriela, 22 años, integrante del grupo Cuenta Conmigo)

Siguiendo a Marcela Lagarde “El poder de las mujeres emana de la valoración social y cultural de su cuerpo y de su sexualidad”

Te esperamos todos los sábados,
de 11:30 a 15:00 horas,
en el Centro Cultural y Recreativo
“Niños Héroe” del DIF-DF,
ubicado en Popocatepetl (Eje 8 sur)
No. 276, entre prolongación
Uxmal y División del Norte,
Col. Santa Cruz Atoyac.

qué me gusta?

plural (las identidades) ya que la identidad es lo que unifica. Las prácticas homo o heteroeróticas no constituyen alguna forma de esencialismo, sea éste definido desde lo biológico o lo cultural; por lo tanto, una práctica sexual determinada no apela al ser sino al hacer y desear.

Las prácticas eróticas: ¿qué me gusta?

Para pensar la identidad homo/heteroerótica hace falta un movimiento más: ¿qué me gusta?

A propósito pregunto qué me gusta y no quién. Otra limitante de concebir las prácticas eróticas en términos de identidad (homo o hetero) es considerar que sólo estos dos caminos agotan la sexualidad humana.

Uno de los estereotipos que se tejen en torno a la homosexualidad es que las mujeres con prácticas homoeróticas son "masculinas" y que los hombres homoeróticos son "femeninos". Con demasiada facilidad se confunde el cómo soy (identidad de género) con quién me gusta (identidad sexual); la pregunta por el homoerotismo es diferente a lo que puede representar ser hombre o mujer, e implica la "elección de objeto".

Para la teoría psicoanalítica la sexualidad no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento de los genitales (pene o vagina); para esta teoría, la sexualidad es toda una serie de excitaciones y de actividades que producen placer.

La sexualidad humana como actividad cuyo fin es la búsqueda de placer marca una diferencia fundamental con la sexualidad animal.

Las prácticas eróticas en el humano son diversas, a las cuales se puede llegar por diferentes caminos, ya que buscan el placer y no tienen como fin último la reproducción. El definir la identidad homosexual, si bien amplía la concepción de heterosexualidad como única

forma de práctica sexual, restringe otras formas de búsqueda de placer como aquellas prácticas agrupadas bajo el concepto de lo *queer*.

La idea de "elección de objeto" no se refiere a la persona (sino a la pulsión) ni es una actividad que dependa sólo de la voluntad. Cada quién, de acuerdo con las circunstancias en que construye y deconstruye su historia, va delimitando los caminos de placer (que son variados, aunque no se cambia de "objeto" fácilmente).

El fin que persigue el erotismo es el placer (no la reproducción) y las prácticas sexuales por las que pretende lograrlo son de lo más variadas.

Dar cuenta de la concepción que tiene el psicoanálisis acerca de la sexualidad humana rebasa con mucho las pretensiones de este escrito. La intención simplemente era ofrecer una visión alternativa a la forma como define la psicología a la sexualidad. En la interpretación psicoanalítica no se personifica ni dicotimiza la sexualidad (identidad homo o hetero), y no se considera que una particular práctica sexual determine al sujeto.

Por otra parte, la teoría psicoanalítica ayuda para pensar al sujeto, y no establece que lo que "descubre" es la realidad (como la psicología). No hay nada más alejado en la teoría psicoanalítica que las certezas. Como señala Auglanier, "saber exige que se renuncie a la certeza de lo sabido."³

1 Foucault, M. *Historia de la sexualidad, Vol. 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI. México, 1977.

2 Kinsey, A., Pomeroy, W. Y Clyde, M. *Sexual Behavior in the*

human male. W.B. Saunders. Filadelfia, 1948.

3 Auglanier, P. "A propósito de la realidad: saber o certeza". En *El sentido Perdido*. Trieb. Buenos Aires, 1980., pág. 85.



* Profesora/investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional. Versión editada del trabajo publicado en G. Careaga y S. Cruz, *Sexualidades diversas: aproximaciones para su análisis*. PUEG/Conaculta. México, 2004.

Los motivos de una violación

La mayoría de las reflexiones que tratan de comprender las causas que motivan las violaciones sexuales consideran que el afán de violencia juega el papel principal. Los roles de género que imperan en las sociedades contemporáneas hacen que el gran objetivo de violar a una mujer sea someterla al poder masculino, más que satisfacer cualquier deseo sexual. Bajo esta premisa, la educación con perspectiva de género, al ir modificando la cultura de dominación, permitirá terminar con este tipo de crímenes.

Al otro extremo de esta explicación sociológica se encuentra la perspectiva biológica —evolucionista, en el caso de *Una historia natural*

de la violación, investigación de los biólogos Randy Thornhill y Craig T. Palmer. Su tesis es polémica, por decir lo menos, frente a un acto que llena de dolor a quienes lo han sufrido: la violación en la especie humana ha sido de alguna manera preservada por la evolución, aun cuando resulte injustificable en el sentido moral o ético. En el centro de su argumentación está la excitación sexual. A los hombres les satisface —sexual, biológicamente— forzar la copula con la hembra para cumplir su función reproductiva.

Pero, ¿para qué la violación ha subsistido como táctica de reproducción en la especie humana? Según Thornhill y Palmer se trata de

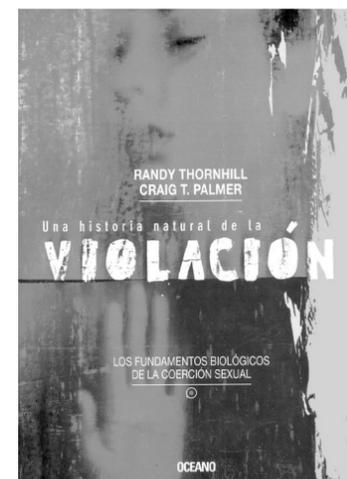
un mecanismo más para preservarse mediante la reproducción de los mejores genes posibles. Para ello, suponen que el mayor tamaño de los machos de la especie humana sería una adaptación para realizar una violación más eficiente y la resistencia que oponen las mujeres aumentaría la excitación sexual.

Como las causas últimas de la violación son biológicas, entonces la solución debe ser también biológica. Para sancionar a los violadores, una opción sería la castración química: suministrar fármacos antiandrógenos que inutilizan los órganos sexuales del varón. Paralelamente, pueden ayudar la información y la educación, pero en el entendido de que los machos de

la especie humana están diseñados para reproducirse con tantas hembras como les sea posible, y las hembras son más selectivas al elegir un potencial padre para sus hijos.

Las tesis de *Una historia natural...* son expuestas con la frialdad —presunción de objetividad— del científico, afán de pureza que en el camino deja ver muchos de los prejuicios en torno a la sexualidad —varones violadores en potencia, mujeres víctimas propiciatorias— de un sector importante de la comunidad científica. Al mismo tiempo, el texto abre un debate que puede ser interesante en el camino de comprender mejor un crimen que deja profundas secuelas. (Rocío Sánchez)

reSeña



Randy Thornhill y Craig T. Palmer
Una historia natural de la violación
Océano, 2006